

## La ética del científico tiene que ser de una calidad muy especial

Por Ernesto Estévez Rams  
Dr. en Ciencias Físicas  
Profesor Titular  
18 Abril, 2012

Decía el premio Nobel de Física Richard Feynman que la ética del científico tenía que ser de una calidad muy especial. No basta con que el científico no mienta; es su deber revelar a sus pares las limitaciones de sus propias hipótesis de trabajo, y es su deber trabajar con ahínco especial en poner a prueba las deficiencias y errores de sus propias investigaciones. Un científico que se precie de tal, no deja a los demás la prueba de sus errores.

Esa ética no es ajena a lo mejor de nuestra tradición científica. No sé cuántos sabrán que el artículo de Carlos J. Finlay donde expone sus razones para afirmar que el mosquito es el agente transmisor de la fiebre amarilla, comienza con un *mea culpa*. Finlay dice que, a pesar de haber sido un firme defensor de las causas atmosféricas de la fiebre amarilla por muchos años, las evidencias por él recogidas apuntaban a la falsedad de esa hipótesis.

Lo más impactante es que el trabajo que le dio entrada a la Academia en aquel entonces versaba precisamente sobre esa hipótesis falsa; todo el prestigio de Finlay en la ciencia hasta ese momento estaba, en buena medida, basado en sus trabajos sobre el miasma y la fiebre amarilla. Finlay, como el científico que era, no dudó en darle la espalda a lo que se ya se evidenciaba falso, aun cuando probablemente, solo él estaba en capacidad de percatarse de esa falsedad y hacer pública la evidencia que apoyaba su cambio de parecer. Ese artículo de Finlay debería leerse a todo estudiante universitario cubano, no sólo por su mérito científico, sino por el ejemplo de ética intachable que nos dejó y que lamentablemente vemos pisoteado con tanta frecuencia.

Se echa lodo sobre ese legado cuando se citan artículos, como hemos visto aquí, y se escamotean aquellas partes de dichos artículos que no convienen a la posición que se defiende. Se echa lodo a ese legado cuando, de la misma manera, no se refieren los casos en que el practicante de alguna terapia no tuvo resultados positivos. Se echa lodo a ese legado cuando a sabiendas, se miente, exagera, oculta y se defiende, cual religión, una creencia más allá de las evidencias. Se echa lodo a ese legado cuando se pretende que el resto de la comunidad ponga a un lado sus propios trabajos, y se dedique a demostrar falso lo que alguien afirma haciendo de sí, y sus elucubraciones, el ombligo del mundo. Se echa lodo, cuando favoritismos prevalecen sobre rigor y pretendidas defensas al "honor institucional" refrendan irracionalidades irresponsables.

Decía Darwin que un científico debía tener un corazón de piedra y ser implacable consigo mismo. Y es que tenemos que insistirles a nuestros estudiantes que uno se enamora de la ciencia, no de sus investigaciones. Cuánto nos falta por lograr eso en nuestra comunidad científica y cuán poco contribuye a ellos refugiarnos en artilugios, dar por válidos argumentos extracientíficos para ganar debates de este tipo. Cuán poco contribuimos a lograrlo cuando enfurruñamos el lenguaje en jerga mística, desechamos el método científico, no por razones fundamentadas, sino porque no conviene a nuestro interés. Cuán poco contribuimos a ello cuando pretendemos erigir falsas colisiones culturales como si en la Pachamama o en la ciudad prohibida las piedras no cayeran con

aceleración dada por las leyes de Newton o el cuerpo humano no fuera el mismo.

La ciencia no es juego a "ganar"; es un juego a saber. El éxito en la ciencia, no es haber entablado y ganado con mejor suerte una discusión determinada, el éxito es haber entendido algo más a la naturaleza y haber puesto ese nuevo saber en función de todos. El éxito en la ciencia es colectivo, porque por más que un científico haya aportado al caudal del saber humano, su aporte no es más que un escalón en una interminable escalera que construyen miles de personas, anónimas y no anónimas, desde que andamos erguidos.

El éxito no es convencer a las autoridades, con artes de prestidigitador, de que apruebe oficial u oficiosamente, practicas no validadas suficientemente, pseudoterapias basadas en místicas, vacunas de agua pura; el éxito es sumirse en el laboratorio y lograr vacunas monoclonales luego de años de estudio y validación que realmente curen a niños y ancianos, fármacos que eviten de verdad que un diabético pierda una pierna, terapias que luego de pasar rigurosos ensayos clínicos hagan crónicas enfermedades hasta ayer mortales, vacunas reales que impidan que nuestros hijos corran el riesgo de contraer, por ejemplo, *Haemofilus Influenzae*. El éxito es también, luego de muchos esfuerzos, saber que una hipótesis es falsa y hacerlo saber, para que otros tengan en cuenta tales evidencias y no anden el camino que uno ya ha andado.

El éxito no es andar acusando a quienes combaten prácticas ajenas a la ciencia de enemigos de la sociedad, amenazar con sancionarlos laboralmente, agitar fantasmas de segundas intenciones, vilipendiarlos o callarlos con la arrogancia del silencio como si no existieran. El éxito es tener el valor de entablar abiertamente el debate, reconocer errores, asumir deficiencias y crecer. Crecer en el sentido martiano del que lleva en la frente la estrella que ilumina y mata. La misma estrella que llevaba Finlay cuando se irguió sobre su pasado y pasó a la historia de la ciencia universal. La estrella que en nuestro caso es el apego estricto a la verdad, al rigor, a la honestidad, a la ética; es la responsabilidad social y tener el valor de asumir que ser científico es un camino árido, cuyo único fruto seguro es saber que al final, si hemos sido consecuentes, seremos mejores seres humanos.

Este debate, primero que científico es ético, y las contribuciones que aquí se leen, para bien o para mal, siguen recordándonoslo.